

sor, *Juan Zimisceo*, compañero durante mucho tiempo de sus victorias, atraviesa la Siria, hace temblar en su capital al califa de Bagdad y regresa triunfante á Constantinopla: *Basilio II* (976-1025) formado en la escuela de esos dos grandes guerreros, destroza, despues de veinte y cinco campañas, la nacion de los Búlgaros (1019), y destruye el reino de los Khazaros, que se habian reunido á los enemigos del imperio.

Pero el pasagero lustre de esos tres reinados se eclipsa despues de *Basilio*. *Romano Argiro* expia algunas ventajas que adquiere contra los Arabes, con una sangrienta derrota (V. cap. VII). Despues de él, dos mugeres de corrompidas costumbres, *Zoa* y *Teodora*, prostituyen la púrpura á indignos favoritos, y la raza de *Basilio* el Macedonio se estingue en el oprobio.

Sube al trono una nueva familia con *Isaac Comneno* (1056), cuyo sobrino *Alejo* (1081), subido al trono despues de tantos años de desórdenes interiores, y de reveses en Asia, donde los Turcos Seljukidas sometieron á un tiempo las provincias del Califato y las del imperio (V. cap. VII, § VII), pide en medio de sus apuros el socorro de los occidentales, y promueve la primera cruzada.

CAPITULO VI.

LA IGLESIA.—LAS LETRAS Y LAS ARTES.

SUMARIO.

- § I.—Estado de la Iglesia en la época de la grande invasion, en el imperio y entre los pueblos bárbaros. Persecuciones cometidas por los arrianos contra los católicos, entre los Visogodos.—Eurico—Amalarico.—Opresion de los católicos en el reino de los Vándalos.—Conversion de los Suevos; de los Visogodos; de los Lombardos.—Conversion de los Francos bajo el reinado de Clodoveo; de los Borgoñones. El monge S. Agustin enviado por el papa S. Gregorio el grande á los Anglo-Sajones.—Etelberto, rey de Kent, abraza el cristianismo.—Conversion de toda la Gran Bretaña.—Misioneros Irlandeses y Anglo-Sajones entre los Germanos.—S. Wilfrido y S. Wilbrodo.—Trabajos apostólicos y martirio de S. Bonifacio.
- El cristianismo en Oriente.—Progresos de la heregia nestoriana.—El misionero Olopen lleva el cristianismo á la China.—Decadencia de las iglesias heréticas y cismáticas de Oriente.—El paganismo subsiste todavía en las escuelas filosóficas y en las campiñas.
- Heregias desde el cuarto siglo al octavo.—Error de Nestorio.—Heregia de Eutiques.—Pelagianismo y Semi-Pelagianismo.—Cisma de los donatistas.—Iconoclastas.
- Concilios de Efeso, de Constantinopla, de Calcedonia, de Cartago y de Nicea, que condenan la heregia y el cisma.
- Principio de la vida monástica y cenobítica en Oriente y en Occidente.—S. Pablo hermitaño; S. Antonio.—S. Martin de Tours.—Historia de S. Benito de Nursia; fundacion de la órden de los Benedictinos.—Su regla.—Utilidad de los monasterios.
- § II.—De la literatura pagana en el quinto y sexto siglos.—Caída de la escuela de Alejandria.—Carácter de la poesia pagana.—Claudio.—Rutilio.—Decadencia completa.—Historiadores paganos. Zozimo, Procopio.—Gramáticos de Alejandria.
- Literatura cristiana. Los padres de la Iglesia.—Lactancio; S. Atanasio; S. Basilio y S. Gregorio Nacienceno. S. Gerónimo y S. Ambrosio.—Continuacion de los padres de la Iglesia.—S. Juan Crisóstomo, su destierro y su muerte.—S. Cirilo de Alejandria.—Teodoreto de Ciró.—Juan de Damasco.—Continuacion de los padres de la Iglesia latina.—S. Agustin, carácter de su ingenio.—Salviano; su libro del gobierno de Dios.—S. Avito de

Viena; su paraíso perdido.—Claudio Mamerto, S. Hilario.—Dionisio el menor.—S. Leon y S. Gregorio, papas.

Historiadores cristianos, Orosio, Casiodoro, Jornandes, Sócrates, Sozomeno, Sulpicio Severo, Gregorio de Tours, Beda el venerable.

Poetas cristianos.—Sidonio Apolinario.—Sinesio.—Prudencio.—Próspero de Aquitania.—Fortunato de Poitiers.

De las artes al principio de la edad media.

§ I.—ESTADO DE LA IGLESIA EN ORIENTE Y OCCIDENTE.

El cristianismo acababa de atravesar la época de las persecuciones. La sangre de los mártires había sido fecunda semilla para la religión cristiana, según la bella expresión de los SS. Padres. Triunfante desde Constantino realizó en lo sucesivo, apoyada en el poder civil, la obra divina que ha continuado al través de un nuevo género de pruebas. Los Bárbaros empiezan á dividir el imperio; ella se les anticipa hasta en su país, para formar sus corazones, ó bien les impone el bautismo por precio de su victoria, y les subyuga así por la fuerza moral de la verdad.

Ancianos y tiernas doncellas, prisioneros entre esos pueblos, tales son los primeros instrumentos de que se vale Dios para propagar su luz. Constantino, cristiano en el trono, se declara protector de todos los cristianos del interior y del exterior de su imperio, y se dedica mas bien á conquistar los Bárbaros á la fé que á dominarlos con la fuerza de las armas.

No obstante, en la época de la grande invasion, el cristianismo, aun en el seno de las provincias romanas, no había penetrado todavía generalmente en los campos: las supersticiones antiguas subsistian en el fondo de las aldeas, y se designaba con el mismo nombre á los paganos que á los aldeanos (*pagani*). En las ciudades mas ilustradas, reuníanse todavía muchos enemigos de la religion cristiana bajo la bandera del politeísmo filosófico. Las escuelas de Atenas y Alejandria contaban numerosos discípulos. «En fin, en la antigua capital del imperio, no habían dejado de invocarse los recuerdos religiosos que reproducian la memoria de su pasada gloria, y el senado pedía se erigiese otra vez la estatua de la victoria.» (*Desmichels*)

Mas el Evangelio había penetrado á la otra parte de las

froteras mas allá que las águilas romanas. El Negro de Abisinia acababa de convertirse con su pueblo á la voz de S. Frumencio, y la fé cristiana había sobrevivido á cuarenta años de persecuciones en las provincias mas remotas de la Persia. Al Occidente, los Godos estaban convertidos, los Borgoñones, los Suevos, los Vándalos y los Lombardos antes de penetrar en el imperio habían recibido la palabra evangélica. Por desgracia, su fé, viciada en su origen por la heregia de Arrio, convirtió por mucho tiempo á esos pueblos germanos en crueles enemigos de la Iglesia.

El rey de los Visogodos, Eurico, ardiente arriano, atacó con encarnizamiento la fé del concilio de Nicea. «Bajo su reinado, dice Sidonio Apolinario, caian arruinadas las iglesias, desquiciaban sus puertas, y la entrada del lugar sagrado estaba cerrada por espinos; los santuarios servian de morada á los animales salvages, y los ganados iban á pacer la yerba que crecía al rededor del altar.» Los obispos que no habían sido desterrados por el rey no eran reemplazados á su muerte, y espiraba con ellos el sacerdocio. Amalarico persiguió la religion católica hasta en la persona de su esposa, la hija de Clodoveo, y la desgraciada princesa, agoviada con las violencias de su esposo, pidió venganza á sus hermanos, enviándoles un velo teñido con su propia sangre.

Los católicos de la iglesia de Africa, tan floreciente poco antes, pudieron creerse trasladados bajo la dominacion de los Vándalos, á los tiempos de los mas crueles emperadores. Genserico había empezado la persecucion enviando sus soldados á dispersar á flechazos los fieles reunidos en las iglesias. Bajo el reinado de su hijo Hunerico, mas de cuarenta mil católicos fueron condenados á muerte en menos de dos años, y muchos fueron despedidos con las manos y la lengua cortadas. Estas fanáticas crueldades, no menos que las devastaciones que habían señalado la entrada de los Vándalos en el imperio, hicieron de su nombre una palabra de reprobacion y de oprobio.

La heregia se sostuvo en Africa hasta la conquista de ese país por Belisario; subsistió así mismo entre los Hérulos y los Ostrogodos por todo el tiempo de su dominacion. La mayor parte de los pueblos germanos se convirtieron á la fé católica durante la segunda mitad del siglo

sexto. En 551, el rey de los Suevos, Cariarico, habiendo oído hablar durante una enfermedad de su hijo Teodomiro, de los milagros obrados por S. Martín, hizo voto de abrazar la fé que predicaba el santo apóstol si su hijo recobraba la salud. Curado el jóven príncipe, convirtiése el rey con toda su familia, y Teodomiro, reconocido al Dios que le habia salvado, hizo ingresar á todo su pueblo en el seno de la Iglesia. Los Visogodos siguieron poco despues el ejemplo de los Suevos á quienes acababan de someter; y bajo el cetro de Recaredo el Católico, el concilio de Toledo consagró solemnemente la reinstalacion de la fé católica en toda la España. (589). Algunos años despues, los Lombardos con su rey Agidulfo, cedieron á la dulce influencia de la piadosa Teodelinda.

Entre otros muchos pueblos, como los Francos, los Escoceses, los Anglos y los Sajones, no penetró el cristianismo hasta despues de la invasion. Los Francos fueron los primeros de entre los bárbaros, que convertidos con Clodoveo despues de la famosa batalla de Tolbiac, se hicieron á un tiempo católicos y ortodoxos (497). Luego Clodoveo y sus hijos, vencedores de los Borgoñones arrianos, les obligaron á abandonar la heregia. El arrianismo iba á desaparecer de toda la Galia.

La conversion mas notable tal vez fue la de los Anglo-Sajones. Esos pueblos, salidos del corazon de la Germania, llevaron á la Gran Bretaña toda la ferocidad del culto de Odin y proscribieron la religion que alli florecia; mas no pudieron impedir á S. Patricio, conducido cautivo á Irlanda en su juventud, de volver mas tarde por orden del papa Celestino, vestido de misionero á predicar el Evangelio á los habitantes de aquella isla salvaje, que convertida luego en *isla de los santos*, debian salir de ella á su vez tantos apóstoles de la fé. Un irlandés, S. Colombano, fue el que predicó el Evangelio á los Escoceses. La conversion de los Anglo-Sajones sup. obra del papa S. Gregorio el Grande, asi como la de los Irlandeses le habia sido del papa Celestino. Viendo Gregorio en Roma algunos esclavos de noble y bella estatura, preguntó de qué pais eran: «Son Anglos, le dijeron.—Serian ángeles si fuesen cristianos,» respondió el pontífice. Encargó al monge S. Agustín la conversion de los conquistadores de la Gran Bretaña. Agustín desembarcó con cuarenta mi-

sioneros en la isla de Thanet; é hizo decir al rey de Kent, Eteberto, que venia de un pais lejano para traer la promesa de un gozo eterno y de un reinado sin fin con el Dios vivo y verdadero. Eteberto, cuya esposa era cristiana, consintió en escuchar á los enviados del papa; pero no quiso recibirles sino al aire libre por temor de algun sortilegio. «La historia de la Iglesia, dice Bossuet, nada de mas bello ofrece que la entrada del monge S. Agustín en el reino de Kent, con sus cuarenta compañeros, quienes precedidos de la cruz y de la imágen del gran rey N. S. Jesucristo, hacian solemnes votos por la conversion de los Anglo-Sajones.» Escuchóles Eteberto favorablemente; permitióles predicar al Evangelio en toda la extension de su reino, y luego, movido por la pureza de su vida, por el ardor de su celo y de su desprendimiento, recibió el bautismo (596). Agustín eligió á Cantorbery para metrópoli de la iglesia de Inglaterra: poco á poco la magnificencia del culto católico, pero mas que todo la influencia del ejemplo y de las predicaciones, terminaron la conversion de la Gran Bretaña. Reyes y pueblos de la heptarquía se sometieron á la fé católica sin que ninguna violencia perturbase el curso de esta pacífica conquista.

Esta iglesia, fundada directamente por la Santa-Sede, permaneció mas adicta que otra alguna al centro de la unidad católica; de su seno salieron tambien en el espacio del séptimo al octavo siglo, los apóstoles de la Germania. S. Ruperto habia ya fundado en ese pais la silla de Salzburgo (hacia 648). Los Irlandeses S. Colombano, S. Galo y S. Kiliano, habian predicado la palabra de Dios en las márgenes del Rin, cuando los Anglo-Sajones Wilfrido, Wilbordo y Winfrido, concluyeron esta obra evangélica bajo los auspicios de Heristal. S. Wilfrido y S. Wilbordo fueron los apóstoles de los rudos pescadores de la Frisia y de la Holanda (690-738); Winfrido, mas conocido bajo el nombre de S. Bonifacio, que recuerda sus beneficios, sucedió á S. Wilbordo con quien habia compartido el ministerio y de quien recibiera sus lecciones. Bonifacio convirtió á los habitantes de la Turingia y del Hesse, sustentándose entre ellos del trabajo de sus manos, compartiendo sus fatigas y su pobreza. Las mas arraigadas supresticiones cedian á sus esfuerzos. En Geismar, en el Hesse, habia un árbol sagrado, que era objeto de la ve-

neracion de todo el pueblo. Bonifacio cogió el hacha para derribarlo, mientras los paganos reunidos á su alrededor esperaban que el fuego celeste bajase á reducir á cenizas al profanador. Cayó el árbol sin que apareciese el fuego, y con él cayó la credulidad del pueblo que se convirtió luego. Las iglesias fundadas por san Bonifacio vinieron á ser un centro en torno del cual se agruparon los habitantes, antes dispersos, de esas salvages comarcas; formaron villas y ciudades; y en el antiguo idioma alemán una misma palabra significa *misas* y *asamblea*. Admirado el papa de los prodigios obrados por el celo de Bonifacio, le encargó la direccion de la naciente iglesia de Baviera, y le nombró obispo de Maguncia. Pero el infatigable anciano renunció luego esta dignidad para volver á los peligros del apostolado. La corona del martirio le esperaba en Frisia, donde sufrió una muerte atroz, despues de haber convertido á muchos miles de idolatras (755).

En Oriente, los trabajos apostólicos, favorecidos por el celo de los emperadores de Constantinopla, estendian poco á poco los límites del reino del cristianismo mas allá de las fronteras del imperio; pero iban á esterilizarse por el desarrollo de la famosa heregia nestoriana, á pesar de los esfuerzos de los nuevos sectarios, y principalmente del misionero *Olopen*. Este religioso cruzó toda el Asia, y penetró hasta la China por los años de 635. El emperador hizo examinar los libros santos que *Olopen* llevaba consigo; declaró que la doctrina era buena, y permitió que la propagasen en sus estados. En medio de la capital del imperio chino, se levantó una iglesia servida por veinte y un sacerdotes, y los sucesores de *Olopen* continuaron sin obstáculo la obra que este habia empezado con tanta intrepidez. Mas esta fraccion de la iglesia cristiana, separada de la unidad católica, cayó luego en decadencia, y la fé predicada por los apóstoles de la heregia hizo pocos progresos en las comarcas de Oriente, en donde todavia existe hoy dia, debilitada por el cisma y sofocada por la conquista musulmana.

La idolatria vencida hallaba sin embargo asilo, por los siglos quinto y sexto, en algunos grandes ingenios imbuidos todavia en las poéticas tradiciones de la mitología (V. § siguiente), y en las escuelas filosóficas, la última de

las cuales fue cerrada por Justiniano. Pero á la ignorancia debió principalmente la defensa de los restos de su imperio. A fines del siglo sexto, el papa S. Gregorio escribió al rey de Austrasia, Teodoberto, escortándole á que aboliera las costumbres supersticiosas de algunos habitantes del campo que ofrecian culto á los idolos, adoraban en el fondo de los bosques árboles sagrados y sacrificaban animales en los altares de los demonios. El papa mismo no habia logrado hacer desaparecer los últimos vestigios de la idolatria en las cercanias de Roma. En el siglo séptimo, el concilio de Reims condenó á hacer penitencia pública á los que hubiesen observado los augurios ó comido con los paganos carnes ofrecidas á los falsos dioses. Muchas supersticiones enteramente paganas debian sobrevivir largo tiempo á la idolatria, y perpetuarse á través de la edad media, á pesar de la soberana influencia del cristianismo.

Pero otros ataques mas duros turbaban la paz de la Iglesia, y la heregia bajo sus variadas formas amenazaba incesantemente los dogmas, la disciplina y la moral. Mientras que arrojado el arrianismo del imperio se refugiaba entre los Bárbaros, *Nestorio*, patriarca de Constantinopla reusaba dar el titulo de madre de Dios á la santa Virgen, y fundaba una secta que muy luego se difundiria en Persia (431), en Egipto, en Arabia y en todo el Oriente. Combatiendo el error de Nestorio con otro error opuesto, *Eutiques* no reconocia en Jesucristo mas que una naturaleza, y hacia aprobar su doctrina por el conciliábulo de Efeso. En Occidente, un monge breton llamado *Pelagio* (410) negó el dogma del pecado original y la necesidad de la gracia; sostuvo que el hombre podia vivir sin pecado y alcanzar por su virtud sola la salvacion eterna. La doctrina de Pelagio, que rechazaba el dogma fundamental del cristianismo, se difundió en la Galia, en la Gran Bretaña, en el Oriente y en el Africa, donde habia de sucumbir á la voz de S. Agustin, ó convertirse en un error mas encubierto que se llamó *Semi-Pelagianismo*. En fin, algunos espíritus turbulentos é inquietos, sin querer modificar la fé católica, atacaron sus mas útiles y mas santas prácticas. Los *Donatistas* introdujeron el desórden en la iglesia de Africa, reusando la obediencia á sus legítimos pastores. Los Iconoclastas (V. el cap. precedente), bajo el pre-

texto de destruir supersticiones idólatras, pretendieron hacer desaparecer las imágenes de los templos cristianos, «que nosotros no adoramos, decía S. Gregorio, pero que nos enseñan lo que debemos adorar.»

A tan diversos enemigos opuso la Iglesia como lo hizo siempre el arma omnipotente de los concilios generales. Los concilios de Efeso (431) y de Constantinopla (553), condenaron el nestorianismo; la herejía de Eutiques fue anatematizada en Calcedonia (451). Un concilio reunido en Cartago condenó la doctrina de Pelagio á su aparición (412), y el segundo concilio de Nicea dió el último golpe á la secta de los Iconoclastas restableciendo el culto honorario de las imágenes. Estos decretos soberanos de la Iglesia tuvieron sin duda mucha más fuerza para derribar los errores que las violencias ejercidas algunas veces contra los desidentes por un celo inconsiderado, pero que reprobaron casi siempre los papas y los más ilustres pastores de la Iglesia.

Una de las más bellas instituciones del cristianismo naciente, la de la vida monástica, que abría un asilo á las almas fatigadas de las turbulencias y agitaciones de este mundo, ofreció principalmente en su origen, el espectáculo de los más admirables ejemplos de santidad, de abnegación y de sacrificio, y formó en el retiro los hombres más grandes de la Iglesia católica.

En Oriente, S. Pablo hermitaño fue el primer anacoreta; S. Antonio dió á los solitarios de la Tebaida una regla común, que fue observada hasta en la Siria y el Ponto.

En Occidente, S. Martín de Tours había instituido ya en la Galia la comunidad más antigua de cenobitas, cuando en el siglo quinto S. Honorato y S. Casiano fundaron los monasterios de Lerins y de Marsella, que fueron los asilos de la ciencia en aquellos tiempos bárbaros, y de donde salieron muchos santos apóstoles de la fe cristiana.

A fines del siglo quinto, S. Benito, de Nursia en Toscana, horrorizado de la corrupción de la juventud romana, abandonó una familia rica é ilustre para refugiarse en medio de las montañas en una caverna solitaria. Juntáronse luego con él algunos solitarios, y les proporcionó sustento desmontando los campos vecinos. Los progresos de la piadosa colonia alarmaron á los postreros defensores del paganismo; la persecución obligó á Benito á buscar

un nuevo retiro, y fue á establecerse con sus compañeros en el monte Casino. Elevábase allí un antiguo templo de Apolo, donde los aldeanos de los alrededores iban á ofrecer sacrificios. Benito hizo pedazos el idolo, y logró convertir á sus ignorantes adoradores. En el sitio que ocupaba el templo pagano, el santo abad erigió con la ayuda de los nuevos cristianos, un vasto monasterio. Tal fue el origen de la famosa orden de los Benedictinos. La regla que S. Benito dió á sus monges fue aprobada por el papa S. Gregorio el Grande en 595, y fue la ley común de todos los monasterios occidentales. Esta regla admirable por su sabiduría repartía la vida de los religiosos entre el trabajo y la oración. Después de haber pasado una parte del día en desmontar eriales, en desguazar pantanos y en fertilizar las tierras, volvían los Benedictinos á sus celdas para estudiar los libros santos ó copiar los antiguos manuscritos. Mientras que los Bárbaros devastaban y ensangrentaban todas las provincias del imperio, los monasterios, protegidos por su carácter sagrado, conservaban los restos preciosos de la antigüedad para devolverlos al mundo en tiempos más felices. La Francia debe á la orden de los Benedictinos los vastos trabajos históricos, inagotable manantial de donde ha sacado tantos tesoros la ciencia moderna. «Fue un consuelo, dice Voltaire hablando de la orden de S. Benito, que hubiese semejantes asilos abiertos ó todos los que querían librarse de la opresión de los gobiernos godo y vándalo: en la dulzura de los claustros se salvaban de la tiranía y de la guerra. Los pocos conocimientos que quedaban entre los Bárbaros se perpetuaron en los monasterios; de ellos salieron algunos inventos útiles. Por otra parte esos religiosos cultivaban la tierra, cantaban alabanzas al Señor, vivían sobriamente, eran hospitalarios, y su ejemplo mitigaba algún tanto la ferocidad de aquellos tiempos de barbarie.»

Tantos beneficios debidos á los monges hubieron de atraerles el reconocimiento de los fieles; así fue que enriquecieron los monasterios con innumerables dotaciones, cuyos réditos se aumentaron aun con el establecimiento de los diezmos, voluntarios al principio y convertidos luego en obligatorios. Pero esas riquezas sembraron entre ellos el germen de graves abusos que en los siglos posteriores habían de exigir importantes reformas.

§ II NOCIONES SUMARIAS ACERCA DE LAS LETRAS Y LAS ARTES
HASTA CARLOMAGNO.

La literatura, cuyos destinos están ligados con las grandes revoluciones políticas y religiosas del mundo, se hizo como el cristiana al fin del cuarto siglo.

La filosofía pagana que arrojada ya de Roma por Constantino, y realizada un momento por Juliano el Apóstata, estaba abocada á su ruina á pesar de los esfuerzos de la escuela ecléctica ó neoplatónica de Alejandria, no pudo sostenerse despues de cerrada definitivamente su última escuela en Atenas por orden de Justiniano (edicto de 529). No faltaba talento ni erudición á esos hombres que pretendían oponer al cristianismo los sistemas de Platon y las ciencias ocultas del Oriente. El eclecticismo de Alejandria obtuvo brillantes intérpretes en la bella *Hipatia*, hija del matemático Teon, en el sabio *Proclo*, filósofo, astrónomo, geómetra y poeta. Pero no animaban á sus doctrinas un principio de vida, y fueron derribadas mas bien por la fuerza de la opinion pública que no por las constituciones imperiales.

La poesia profana, que todavía se esfuerza en reinar las añejas fábulas del politeísmo, es solo una imitación descolorida, un débil reflejo de la poesia antigua. Claudio, á quien la admiración de Honorio elevó una estatua, es el único que descuella en aquel siglo degenerado, por la elevación de los pensamientos y la gracia de las descripciones aunque sus obras adolecen de un estilo declamatorio y de un ritmo monótono. El Galo *Rutilio*, espíritu frívolo y satírico, cuenta en estilo ligero sus *Impresiones de viajes*, ó bien sutaliza algunos epigramas contra el cristianismo, al cual ridiculiza como una locura pasajera: sin embargo no fija en el paganismo sus inciertas convicciones sino para rechazar la nueva fe cuya decadencia saludaba ya de antemano. Despues de él no ofrece la literatura pagana sino algunas pálidas producciones apenas dignas de memoria. Un poeta intenta continuar los inimitables cantos de Homero, y completa la relación de la guerra de Troya, en un libro llamado las *Posthoméridas*. Envidioso otro de tan feliz inspiración cuenta en las *Antehoméridas* los acontecimientos que la precedieron, y dá á luz un prólogo de la Iliada.

La musa de la historia se cultiva con mas éxito y utilidad. *Zozimo*, á parte sus declamaciones contra el cristianismo, reasume con limpieza y rapidez la historia de la decadencia del Imperio hasta el quinto siglo. *Procopio*, compañero é historiógrafo de Belisario, cuenta con interés las hazañas de este grande hombre, y obligado á prodigar incienso al emperador Justiano en una obra oficial, se venga de ello en sus memorias secretas revelando todas las bajezas de la corte imperial.

El genio pagano puede gloriarse todavía de los trabajos de los gramáticos de Alejandria, que oponen en vano el impotente dique de sus definiciones y de sus reglas á la corrupción del idioma, y que inventan la puntuación y los acentos para ayudar la perezosa inteligencia de los nuevos habitantes del imperio.

Al lado de esas obras literarias, pobres y lánguidas, salvo raras escepciones, brota bajo la influencia de las sublimes ideas de la fe cristiana una literatura nueva.

El genio literario del cristianismo aparece con todo su vigor en los escritos de los apologistas, tan ardientes en obras como en palabras, santos y sabios á un tiempo. Su estilo aunque alterado por el mal gusto de la época, se sostiene por la grandeza de los pensamientos y por el poder de la convicción que les caracterizan: los defectos de la forma desaparecen bajo el prestigio de una elocuencia inspirada.

Hemos nombrado en el tiempo de las persecuciones á muchos hombres ilustres en la Iglesia por su saber y su talento. Apenas el restablecimiento de la paz dió lugar para dedicarse á los estudios prolongados y á meditaciones profundas, viéronse aparecer un sin número de eminentes ingenios, luz y gloria del cristianismo: los Padres y doctores de la Iglesia.

Los cristianos habían opuesto desde luego á las escuelas paganas otras escuelas en donde los fieles enseñaban las ciencias y las letras humanas. Entre el gran número de maestros cristianos que brillaban desde el siglo cuarto, citaremos algunos nombres celeberrimos. *Lactancio*, que regentó en su juventud una escuela pagana, continuó en el seno del cristianismo, enseñando las buenas letras á ejemplo de Orígenes. Su elocuencia, sus numerosas

obras, cuya reputacion le valió la honra de ser preceptor del hijo de Constantino, le dieron el renombre de *Ciceron del cristianismo*. Ya hemos hablado de ese jóven diácono, que en el concilio de Nicea luchó victoriosamente contra Arrio, de ese obispo de Alejandria, blanco del odio infatigable del arrianismo, el perseguido *Atanasio*. Despues de él dos ilustres amigos unieron sus luces y talentos para la defensa y gloria de la fé, san *Basilio* y san *Gregorio* Nazianceno. Hijos de una misma escuela, rivales de adelantos en sus estudios, ambos sostuvieron con igual celo la lucha contra la heregia, ambos mantuvieron en los puestos mas elevados, el honor del sacerdocio católico. Compareciendo *Basilio* delante del gobernador imperial (V. Hist. rom. cap. XXIII, § V), y *Gregorio* dejando el segundo obispado del mundo para apaciguar algunas querellas, dieron el mas bellissimo ejemplo de firmeza y desinterés apostólicos. Ambos sirvieron igualmente á la Iglesia con sus escritos; *Basilio* con sus razonamientos profundos, su vasta erudiccion y sus composiciones siempre grandes y algunas veces sublimes; *Gregorio* con aquella dulzura, uncion y gracia que hacian amar su doctrina haciendo apreciar su talento. El llanto de la Iglesia probó bastante bien cuanto echó menos la admirable fraternidad de entrambos en sacrificios, virtudes é ingenio; pero ya se daban á conocer dos doctores no menos ilustres, *Gerónimo* y *Ambrosio*.

San Gerónimo, el mas sabio de los padres de la Iglesia latina, fué á sepultar el brillo de su renombre en un desierto, en donde los recuerdos de Roma y el ruido de la gloria del mundo turbaron mas de una vez su alma apasionada y su ardiente imaginacion; necesitó de una fuerza heroica y de toda la austeridad de la penitencia para sufocar sus involuntarios sentimientos. Desde entónces se consagró enteramente á la defensa de la fé católica. A él se debe la traduccion de los libros santos á la lengua latina. Mas de una vez desde el fondo de su monasterio, aterró á los hereges, y el furor de estos le persiguió de retiro en retiro. El nombre de san *Ambrosio* corona el cuarto siglo. *Ambrosio* orador y filósofo, *Ambrosio* doctor cristiano, escribió obras sabias; *Ambrosio* obispo, detuvo al emperador cubierto de sangre de sus súbditos, en

el umbral de la puerta de la iglesia y le obligó á hacer penitencia, *Ambrosio* apostol y distribuidor de la verdad evangelica, redujo á la fé al que debia ser san *Agustin*. No se sabe bajo que título es mas digno de admiracion.

No faltaron sucesores á esos grandes hombres. En la Iglesia griegia y en la latina aparecian á un tiempo el ilustre obispo de Hipona y el de Constantinopla, *Juan* el del pico de oro (*Crisóstomo*). Ascendido *Juan* á la silla patriarcal de Constantinopla despues de haber anunciado por espacio de veinte años la palabra divina á los fieles de Antioquia, aceptó este honor solo para hacer vivrar desde mas elevado punto el eco de sus severas lecciones y sus eminentes doctrinas. Persiguió sin compasion al vicio hasta en el trono imperial. Arrojado dos veces de Constantinopla por las intrigas de sus poderosos enemigos, dos veces le volvió á llamar el entusiasmo de un pueblo lleno de admiracion por sus áusteras virtudes y por su celo apostólico. Pero la corrompida corte de Constantinopla no podia sufrir mucho tiempo un prelado cuya sola presencia acusaba sus vergonzosos desórdenes. *Crisóstomo* tuvo que ceder por tercera vez al resentimiento del emperador; dejó su iglesia para no volverla á ver. Conducido de destierro en destierro, forzado á seguir desapiadados guardianes, con la cabeza descubierta y expuesta á los rayos de un sol abrasador, el santo anciano, consumido por las vigiliyas y la austeridad, murió á la edad de sesenta y tres años, en las playas del Ponto-Euxino. Se le ha dado el renombre de *Ciceron* de la Iglesia griega.

Despues de él *San Cirilo* de Alejandria compuso obras notables por su profunda erudiccion, sino por la correccion del estilo; *Teodoreto*, que se habia instruido en la elocuencia al lado del *Crisóstomo*, gobernó con brillo la Iglesia de Ciro en Asia. En el siglo octavo, *Juan Damasceno*, que murió en un monasterio inmediato á Jerusalem (760), compuso muchos himnos que todavia cantan los fieles en varias festividades del año.

En la Iglesia latina. *San Agustin* fué la lumbrera de la literatura sagrada. *Agustin* nació en Cartago, *mu* de Africa, floreciente todavia en medio de la decadencia del imperio, ciudad civilizada y culta, cuyos habitantes acudían en tropel á la plaza pública para oír las discusiones

de los retóricos. Sabido es como merced á los artificios de hábiles sofistas y á estravios de una juventud borrascosa, que él refiere en sus *Confesiones*, se halló envuelto en los errores del maniqueismo, hasta que convertido por el santo obispo de Milan, Ambrosio, fue el mas terrible adversario de la heregía que le habia seducido por un momento, y el mas hábil y poderoso defensor de la fe católica. «Hemos llegado dice M. Villemain, al hombre mas maravilloso de la Iglesia latina, al que prestó su ardiente imaginacion á la teología y mas elocuencia y aun sensibilidad al escolasticismo. Jamas se ha visto hombre alguno dotado de un ingenio mas vasto y fácil. Metafísica, historia, antigüedad, conocimiento de las costumbres y de las artes, todo lo habia abrazado Agustin. Ora escribó la música, ora sobre el libre alvedrio; tan pronto explica el fenómeno de la memoria, como raciocina acerca de la decadencia del imperio romano. Su elocuencia plagada de afectacion y de barbarie es á menudo nueva y sencilla. «Sus escritos forman todavía la base de la enseñanza teológica, y ofrecen al mismo tiempo trabajos filológicos sumamente importantes. En la inmensa variedad de sus escritos descuella un maravilloso carácter de universalidad religiosa que no vuelve á hallarse sino en Bossuet. En una palabra, Agustin fue la gloria de la Iglesia de Africa, ilustre entre todas las demas Iglesias, y que tal vez está destinada por la misericordia divina á renacer en nuestros dias (1).

En el seno de la Galia, que fue constantemente uno de los mas bellos dominios de la Iglesia latina, florecia *Salviano*, sacerdote de Marsella, quien en medio de los desastres de la invasion, saluda la venida de los Bárbaros, mirándolos como instrumentos de la justicia divina, y escribe su libro del *Gobierno de Dios*, para demostrar y justificar las vias de la Providencia; *San Avito* de Viena, cuyo *Paraiso Perdido* ha inspirado tal vez á Milton alguno de sus cantos; *Claudiano Mamerto*, á quien Sidonio Apolinario tenia por uno de los mas grandes ingenios de

(1) Ya se sabe que actualmente reside un obispo en Argel, y que se ha construido una iglesia en Hipona, en el mismo sitio en que en otro tiempo san Agustin celebraba el santo sacrificio.

su tiempo; *San Cesario*, célebre por sus hermosas y sencillas homilias.—La Italia concedia asilo al monje escita *Dionisio el Pequeño*, ó el *Exiguo* que fue el primero que tomó por base de la cronologia el nacimiento de Jesucristo.

Por último dos papas, *san Leon* (461) y *san Gregorio* (604), aunque enteramente dedicados á los cuidados de un laborioso pontificado, obtuvieron por sus discursos y escritos una bien sentada reputacion. El nombre de San Gregorio cierra el catálogo de los varones insignes por la erudicion sagrada que poseen en esta época de decadencia. Su última homilia, pronunciada ante el pueblo de Roma, en ocasion en que estrechada la ciudad por el ejército de los Lombardos, se hallaba reducida á los mas horribles apuros, rebosa ternura y viveza de elocuencia: «Hermanos, esclama el pontífice al concluir, cesad ya de reuniros para escuchar mis palabras, mi corazon está traspasado de dolor. En torno nuestro no alcanzamos á ver sino la cuchilla y la muerte. No, yo no os volveré á hablar; queda yerta mi voz y no acierta á formar mas que suspiros; mis ojos solo se entreabren para derramar lágrimas, y mi alma está llena de afliccion al ver que todavía existo.

La historia en manos de los autores cristianos, si se esptua á *Orosio*, *Casiodoro* y *Jornandes* está casi enteramente ceñida á los anales eclesiásticos. Los sufrimientos de los fieles perseguidos ó los triunfos de la Iglesia sirven de introduccion á la relacion de los hechos contemporáneos. Esos libros cuyos autores son obispos, sacerdotes ó monjes, apenas se ocupan de la historia profana mas que en sus relaciones con la historia de la religion. Bastará citar en la Iglesia griega, despues de *Eusebio* (338) á *Sócrates el Escolástico*, *Sozomeno* y *Teodoro*; en la latina, *Sulpicio Severo*, el Salústio cristiano, *Gregorio de Tours* (595), á quien se dió el nombre de *Herodoto* de la Francia, y *Beda*, el *Venerable*, monje sajón del siglo decimo octavo, que compiló con asiduo trabajo los mas preciosos materiales de la historia antigua de Inglaterra.

Algunos poetas cristianos no habian reparado en mezclar en sus escritos las fábulas del paganismo, á pesar de las enérgicas reclamaciones de los pontífices. Pero los

sagrados misterios del cristianismo inspiraban mas nobles cantos que las composiciones amenudo licenciosas de *Ausonio*, y las poesias ligeras de *Sidonio Apolinario*. *Synesio*, obispo de Ptolomaida y contemporáneo de san Crisóstomo, ha dejado muchos himnos notables tanto por la pureza de estilo como por la elevacion de pensamientos. *Prudencio*, abogado, magistrado y guerrero, se grangeó por sus obras liricas y didácticas el titulo de príncipe de los poetas cristianos. El poema de *Próspero de Aquitania* sobre la gracia ha sido imitado varias veces por Luis Racine. En el siglo séptimo, *Fortunato de Poitiers* (606) escribió en honor de la cruz el himno *Vexilla regis prodeunt*, último monumento de la poesia latina.

Las nobles artes sufrieron una trasformacion tan notable como la literatura. La pintura, el dibujo y particularmente la escultura que por tanto tiempo prestáran objetos sacrilegos á la adoracion de los pueblos, habian de hacerse sospechosas á los enemigos de la idolatria todavia subsistente. Sin embargo el culto católico no dejó de honrar y multiplicar las imágenes; ya hemos visto que las defendió enérgicamente contra el temerario celo de los iconoclastas; pero en aquellos primitivos tiempos consideró mas la santidad del objeto que la perfeccion de las formas. La arquitectura, á la que al parecer hubo de arrastrar consigo la ruina del imperio, iba á resucitar para satisfacer las necesidades del culto, y á tomar un nuevo vuelo. La basilica romana que no habia sido profanada por el culto de los dioses falsos recibió nuevas creces para formar el templo cristiano. En medio de los santuarios del paganismo, Constantino habia erigido las iglesias de San Juan de Letran, y de Santa Inés. La rotunda de Ravena, levantada por Teodorico, y Santa Sofia de Constantinopla, merecen citarse en primer lugar por su atrevida arquitectura y dimensiones colosales; pero los monumentos notables en el estilo *romano* ó *bizantino* corresponden casi exclusivamente al período siguiente, que vió desplegarse el genero *gótico* ú *ogival*, origen de todas las maravillas de la arquitectura en la edad media (V. el cap. último).

CAPITULO VII.

MAHOMETISMO

SUMARIO.

- § I. Descripción de la Arabia. Arabia Desierta, Petrea y Feliz. Los Sabeos y los Ismaelitas. Sus costumbres.—Estado religioso de la Arabia antes de Mahoma.
- § II. Historia de Mahoma; sus primeras predicaciones; conversion de su primo Ali; su fuga ó hégira.—Primera expedicion de Mahoma contra los habitantes de la Meca; batalla de Beder.—Insolente embajada de Mahoma al Emperador, al rey de Persia y al de Abisinia.—Victoria de Muta.—Toma de la Meca.—Muerte de Mahoma.
- § III. Del Alcoran; su origen; sus principales dogmas; hábil combinacion del judaismo y del cristianismo; prácticas impuestas á los Musulmanes. Fatalismo.
- § IV. Abu-becre, primer califa. Principio de la guerra santa; hazañas de Kalid; batalla de Yermuk; conquista de la Siria; Amru invade el Egipto bajo el califato de Omai.—Conquista de la Persia, despues de la Victoria de las victorias, bajo Otman.—Califato de Ali; guerra civil; asesinato de Ali.—Moavia funda la dinastía de los Omiades.—Infructuoso ataque contra Constantinopla.—Sucesos en Africa.—Tarik alcanza la victoria de Jerez.—Progresos en Oriente y en toda el Asia central y meridional. Los Musulmanes son rechazados de Constantinopla por el fuego griego.—Estension del imperio musulman.—Lucha de los Abasidas contra los Omiades.—El califato de Oriente queda por los Abasidas; Abderramen en Córdoba.
- § V. Período brillante del califato de Oriente.—Almanzor. Al-Mehadi.—Glorioso reinado de Arun-el Raschid.—Estado florido del Oriente bajo su califato; toman vuelo las letras, las ciencias y las artes.—Al-Mamun, digno sucesor de Arun.
- § VI. Decadencia del califato; desmembramiento del imperio agareno.—Dinastía de los Edrisitas y de los Aglabitas en Africa.—Los Fatimitas.—Influencia de la milicia turca.—El emir Al Omra.—Mamud el Gaznevida se hace independiente en Persia.—Progresos de los Turcos Sedjukidas.—Togrul-Beg, Malek-Schah.—Conquista del Asia-Menor y de la Siria.
- § VII. Conquista de España despues de ocurrida la batalla de Jerez.—Muza reemplaza á Tarik y luego es depuesto.—Los cristianos en Asturias; primicias de sus triunfos.
- § VIII. Abderramen el Omiada funda el califato de Córdoba. Estado de España bajo la dominacion de los Arabes.—Riqueza y